

ñor feudal, apasionado y turbulento, cuyas hazañas hacen exclamar al poeta: «Me gusta el tiempo de la primavera/ que hace brotar las flores y los pájaros./ El tiempo de la espada, en el que brillan/ los aceros al sol de la batalla». Con estos endecasílabos contrastan los alejandrinos de «Sobre un poema de Baudelaire». Y no es solamente este cambio de ritmo el responsable de la diferencia. Son sobre todo el léxico y el tono, y el contenido trágico, quienes imprimen la atmósfera invernal, tan real y tan próxima como el fuego radiante del poema anterior.

Con interrogaciones sobre la vida, la muerte, la filosofía y la virtud se inicia «Sobre un poema de Lacenaire». Pierre-François Lacenaire —como se nos dice en *Etcétera*— fue un ladrón y asesino francés, nacido en Lyon en 1803 y ajusticiado en París en 1836, redactor de una autobiografía que hizo las delicias de André Breton. A las interrogaciones suceden rotundas aseveraciones y frases sentenciosas: «¡Feliz quien sueña que es amado!/ ¡Ojalá no despierte nunca!/ El corazón se engaña siempre:/ no hay sentimiento sin dolor». Más tarde, las interrogaciones retóricas vuelven sobre los enigmas de la vida y la muerte: «¿Por qué te aferras a la vida?! ¿No ves lo absurdo que es vivir?! ¿Por qué tiembles ante un enigma/ cuya solución no conoces?». La exhortación no es menos contundente: «Abre los ojos, mira: todo/ lo que respira, nace y muere./ Sólo el orgullo de los hombres/ presume de supervivencias».

Un tono melancólico envuelve «Sobre un poema de Robert Ervin Howard», última composición de esta serie, recogida ya en *Poesía*. La lira de Homero se presenta «mohosa en estos tiempos (...) el murmullo del mar es una canción hueca» y la ciudad «el resto de un naufragio terrible». Ante esta situación, el poeta termina preguntándose: «¿Volverán algún día los héroes de su exilio/ dorado, allá en las islas donde el sol no se pone?! ¿Dejará de reinar por doquiera el hastío?! ¿Morderá el polvo al fin tanta melancolía?». Las respuestas podrían estar en el poema «Peter Pan», que constituye el epílogo del libro.

Como glosas de *El hacha y la rosa* pueden leerse algunos de los capítulos de *Etcétera*. Se agrupan en este libro varios artículos publicados con anterioridad por el autor y distribuidos ahora en cuatro apartados: I. Mi tiempo, II. La Literatura, III. Nombres propios, IV. Imágenes.

«Mi tiempo» tiene un carácter ciertamente autobiográfico: el poeta habla del paso del tiempo, de «su tiempo» y

de las cosas que le rodean. Aparecen de nuevo algunos de los temas de *El hacha y la rosa*. Si en este libro la ciudad son los restos de un naufragio, en el capítulo «Melancolía» de *Etcétera* es una urbe «sórdida y bronca donde nadie sonríe» y la vida se convierte en «una casita de chocolate que, casi siempre, oculta un calabozo». El escritor se presenta llevando a sus espaldas el catálogo entero de tristezas enumeradas por Robert Burton en su *The Anatomy of Melancholy*, y no duda en citar los versos de Ciriot: «Cuando estoy triste que es casi siempre...» Un tono semejante se respira en «Abril», que se inicia con una cita de Lucano. Abril es para el autor el mes más abyecto del año, y en la primavera se siente el ser más derrotado. En «Panteísmo» cambia levemente el paisaje. El escritor siente el dolor y la alegría universales, los deseos y las obsesiones de todos, y se produce una pasajera y gozosa fusión con la naturaleza en la que su libertad individual no sufre menguado. Esta progresión ascendente recibe un nuevo impulso en «Carta de amor». La segunda persona, impuesta por la forma epistolar, exhorta a que la amada vea «lo bueno que es seguir respirando» y seguir realizando la actividad de cada día. «Ya tendremos tiempo de no hacer esas cosas cuando nos cubra un palmo de tierra, pero hay que vivir como si fuéramos a existir siempre», se dice más abajo. En «Intolerancia», se aborda este concepto, con el telón de fondo del filme del mismo título de David Wark Griffith. Al ejercicio de la tolerancia ayuda decisivamente, según Cuenca, una buena dosis de relativismo cada mañana, antes del desayuno: «Todo —la máscara de Benin, la oración del almuédano, hasta el buey desollado de Rembrandt y de Bacon— debe ser respetado, mientras no dañe a nadie o trate de imponer por la fuerza una visión del mundo restrictiva o totalitaria». La intolerancia, en definitiva, es «una horrible descortesía». Si el autor, tanto en su producción poética como prosística, nos da abundantes pistas para conocer sus gustos literarios, el último capítulo de esta serie, «Lecturas de agosto» aporta un nuevo testimonio. Destacan, así, entre estas lecturas, *Los hombres ebrios de Dios*, de Jacques Lacarrière, *Geografía*, de Max Aub, *Allan Quatermain* (1887), una de las secuelas de *King Solomon's Mines*, de Henry Rider Haggard; *Brujas la muerta*, la maravillosa *nouvelle* del simbolista belga Georges Rodenbach; varias novelas de Ellis Peters y una autobiografía de Hank Ket-

cham, el creador de *Daniel el travieso*. Este capítulo enlaza directamente con los de la serie siguiente, «La Literatura». Los dos primeros llevan los títulos significativos de «Leer» y «Lectores», respectivamente, y en ellos se define la actividad lectora como una forma de combatir la soledad, el aburrimiento y la angustia, también como una manera de diversión y, de paso, como un recurso para olvidarnos de la muerte. La lectura como vicio, y no como urgencia personal, es la que nos hace ser más libres, y es la que nos puede llevar al mismo tiempo a disfrutar con Dostoieski y el cantar del Cid, con Óscar Wilde y los *Nibelungos*, con Homero y Abraham Merritt, etc. En «Fantásticos fanáticos» se pregunta qué busca la gente en la literatura, y en el borgiano «Bibliotecas» recuerda el autor algunas memorables: la primera, la de su padre, en cuyos estantes se daban cita Wren, Conan Doyle, Pérez Galdós, Stevenson, Dickens, el *Pinocho* de Bartolozzi, Wodehouse, Sabatini, Rubén Darío y Valle Inclán; luego la increíble biblioteca de Juan V en la universidad de Coímbra; a continuación la del fonetista Higgins, imaginada en las páginas de *Pigmalión*, de G. B. Shaw y visualizada gozosamente en *My fair lady*, de George Cukor; y la del profesor de literatura Juan Manuel Rozas. Y por último «el maravilloso proyecto de biblioteca palatina que dejó dibujado el arquitecto visionario Étienne-Louis Boullée hace algo más de doscientos años, fijando el arquetipo imaginario para la borgiana biblioteca de Babel».

Siguen otros capítulos en los que se abordan cuestiones tan diversas como *La copla flamenca y la lírica de tipo popular*; las «Épicas» (*Iliada*, *Ramayana*, *Beowulf*, *Nibelungenlied*), presididas todas por lo que los alemanes llaman *Volksgeist*; las antologías —desde la *Palatina* hasta la más moderna, elaborada por Francisco Rico—; «El templo de las musas»; el *Amadís*, etc. En la sección titulada «Nombres propios» figuran autores como Lacenaire, Marcel Schwob, Rubén Darío, Borges, Juan-Eduardo Cirlot, Carlos Fernández Cuenca, Pablo García Baena, etc.; y en la denominada «Imágenes» el autor vuelve sobre

algunos de sus mitos favoritos. Se recrea así en los cuadros de Ingres o Man Ray o en los filmes de Hawks, Lubitsch, Cukor o Ridley Scott. De la película de este último *Thelma y Louise* afirma que se trata de una cinta de aventuras, narrada en el más puro lenguaje épico, en la que los protagonistas no son los héroes de costumbre (Rama, Ulises, Sigfrido, John Wayne o Gary Cooper) sino dos simples mujeres (en la estela de aquella inolvidable Ripley que encarna tan convincentemente Sigourney Weaver en *Alien*, la obra maestra de R. Scott).

Si en el último poema de *El hacha y la rosa* Peter Pan afirmaba: «Ahora soy el jefe de una tribu de niños/ caídos de sus cunas a quienes rescaté/ de la muerte...», en el capítulo que cierra *Etcétera* el escritor recuerda la espléndida familia de su niñez integrada por los Katzenjammer Kids y Dick Tracy, Blondie y Popeye, Flash Gordon, Mandrake, Li'l Abner y Prince Valiant. La admiración que el autor siente por el mundo del cómic se manifiesta en sus comentarios sobre *The Phantom* (*El Hombre Enmascarado* en España) —cuyas viñetas parecen fotogramas de Fritz Lang—, sobre Wilson McCoy, Sy Barry —el hermano de Dan (el de *Flash Gordon*)— y sobre Lee Falk.

Como puede comprobarse, se despliegan en este libro algunos de los motivos literarios más característicos del autor. Si la poesía de Luis Alberto de Cuenca, como ha explicado Juan Malpartida, «trae al presente las gestas paradigmáticas, estéticas y morales del mundo heroico, pero lo hace con conciencia crítica»<sup>17</sup>, en los temas abordados por su prosa se sigue un procedimiento parecido. Consigue así, una escritura límpida y precisa, que sabe combinar lo inmediato y transcendente, y que constituye uno de los signos de la modernidad.

## Fco. Gutiérrez Carbajo

<sup>17</sup> J. Malpartida, «Amour fou ed altre poesie de Luis Alberto de Cuenca», Cuadernos Hispanoamericanos (1990), n.º 479, pág. 154.

# El sembrador de júbilos\*

**H**ay una filosofía que conjuga la pasión del pensamiento en primera persona del singular. Y hay otra filosofía que conjuga ese fervor en la primera persona del plural. Una dice *yo*. La otra dice *nosotros*. Una responde, ante todo, a la perplejidad del espíritu personal ante su propia presencia para zambullirse, luego, en el enigma de la presencia general. La otra responde, primeramente, al pasmo de la conciencia ante el enigma de la presencia general para intentar, luego, la inclusión de la propia presencia en el territorio de ese enigma.

A la estirpe de los pensadores que acceden a la trascendencia a partir del contacto con el misterio de la identidad personal pertenecen Protágoras de Abdera y Sócrates de Atenas, Séneca y Marco Aurelio, Agustín, Eckhart y Abelardo, Erasmo y Bruno, Pascal y Montaigne, Lichtemberg y Voltaire, Samuel Johnson y Sören Kierkegaard, Camus y Cioran, Sartre, Paz, Murena, Trías y Rafael Argullol.

Son hombres —todos ellos— en quienes la cuestión del sentido de la verdad es ante todo una emoción que reclama, para brindarse, la pasión del pensamiento o, mejor aún, el pensamiento de la pasión.

Pero convengamos ante todo y a fin de que se nos entienda, que la índole de la pasión suele verse malversada en interpretaciones confusas. Así es como, frecuentemente, se la concibe como antítesis del entendimiento, reverso ardiente de la frialdad propuesta como rasgo distintivo del arte de pensar. No es así, sin embargo. La pasión es, a mi ver, el entendimiento en el ejercicio pleno de su cordialidad, vale decir desarrollando sus dotes

comprendidas mediante el don de la simpatía hacia aquello que inspira su despliegue. Sí, la pasión es el ejercicio de comunión que realiza la inteligencia cuando ha logrado dejar atrás la celda estrecha de las formalizaciones lógicas y del espíritu positivo. Porque la pasión, cuando medita, procede al revés de la mera racionalidad. En lugar de poner distancia con su objeto a fin de asegurar la eficacia de su abordaje, impone cercanía, busca colmulgar de hecho y dice cuanto dice desde la comunión. Es una con aquello que la impulsa a pronunciarse. Busca y halla la palabra para celebrar un encuentro, antes que el dominio comprensivo de un objeto. Su materia es la intensidad. La verdad como combustión. El concepto al rojo vivo. Por ello, el pensamiento de la pasión nada sabe ni nada pretende saber si, para ello, se le exige divorciarse de aquello que lo inspira. Es que le resulta inconcebible el logro de la expresión al precio de la disolución del abrazo con la realidad fulgurante que lo incita a hablar.

Puede, en cambio, el pensamiento de la pasión, sostenerse como oración, palpitar como plegaria, como voz de una emoción medularmente original: la que asegura que sólo vale la pena pronunciarse sobre aquello que se ama. De lo que no se ama, por mejor que se lo explique, nada decisivo podemos conocer. Su mejor verdad no será nuestra porque su más íntimo sentido resulta ajeno a nuestra necesidad de respirar.

A la dilatada familia de los pensadores cordiales pertenece desde siempre nuestro escritor de hoy. Cada uno de los libros de Arnoldo Liberman nos ofrenda la buena nueva de su aptitud fraternal. Cada uno de ellos nos entrega las presencias que su amor ha bendecido y que, a la vez, han enaltecido, con el hechizo de un llamado irresistible, su propio corazón. Sí, Arnoldo Liberman es un cosechador de júbilos. Y así como su prosa desconoce la medida, desconoce también la reticencia, el matiz sombrío, la angustiada ansiedad del vacilante. Diría yo que en su volcánica abundancia, esa prosa busca iluminarlo todo con la luz de la intensidad que la alimenta. Y esa intensidad, a su turno, proviene de una convicción que en Liberman no puede menos que ser reconocida como carnal: la del valor del instante. El instante como

\* A propósito de *La música, el amor y el inconsciente*, de Arnoldo Liberman, Edit. Gedisa, Barcelona, 1993.